



El olvido

Llewellyn Vaughan-Lee

La capacidad de olvidar es uno de los Atributos divinos.

—Ibn 'Arabi

El misterio del olvido

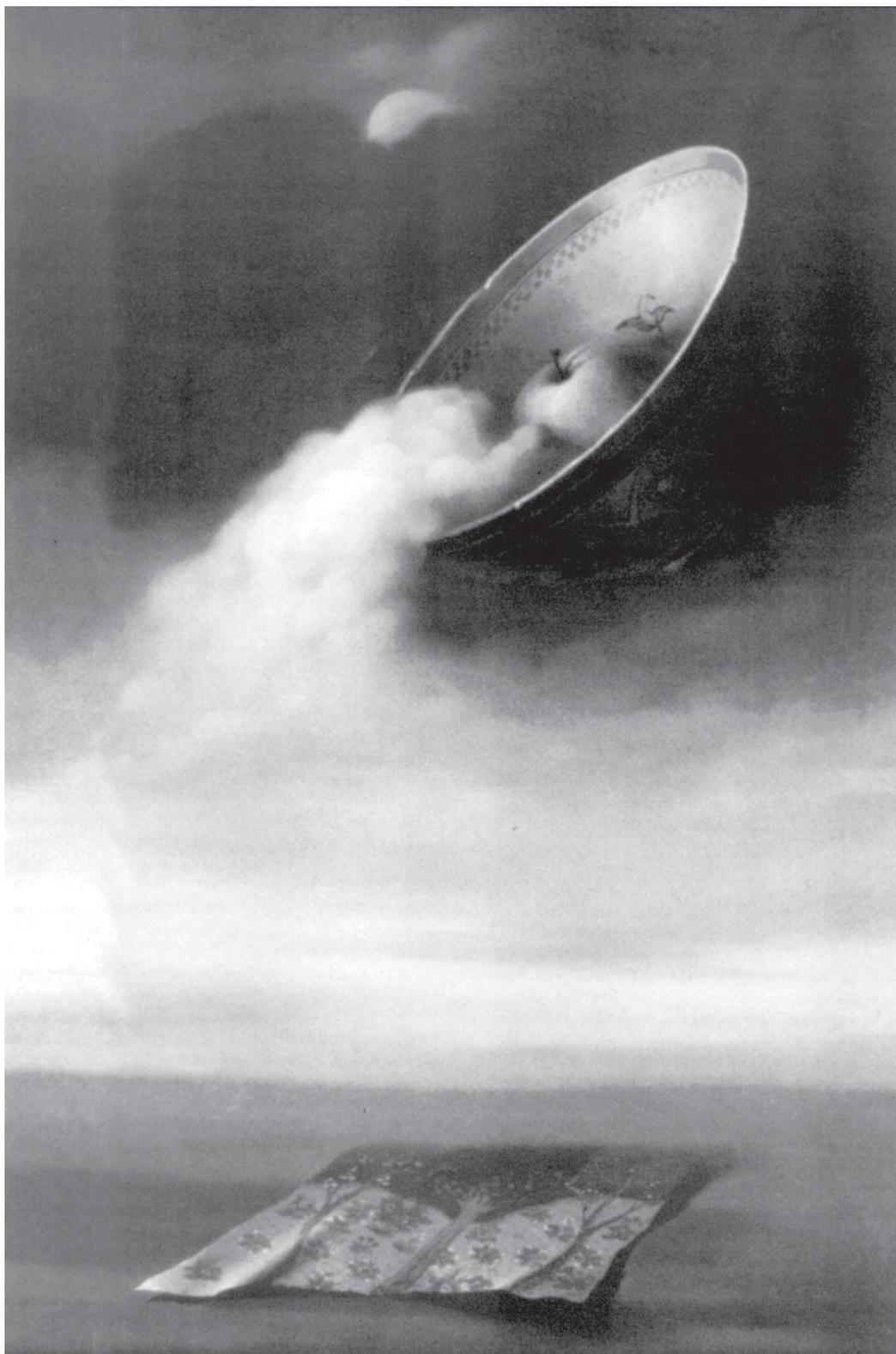
Hace poco estaba sentado en la sala de embarque de un aeropuerto lleno de gente esperando la salida del vuelo. Por unos momentos, abrí los ojos y pude ver que cada persona estaba llena de Su presencia, que no había otra cosa que Él, Su luz, Su amor, Su belleza. Y en esos mismos momentos pude ver que esa gente no lo sabía. En el transcurso de esta experiencia me di cuenta de que el verdadero misterio no es que todos seamos divinos, de que estemos llenos de Su Esencia, sino que no lo sabemos. *No sabemos que somos una parte de Dios.* Esta experiencia me dejó lleno de asombro, del asombro de que una parte del misterio de la creación es que se nos ha permitido olvidar a Dios. Es Su deseo olvidarse a Sí mismo en nosotros, así como es Su deseo permitirnos recordarlo a Él. Muchas almas viven toda su vida en el olvido, sin saber conscientemente de su naturaleza divina. Pero algunas almas despiertan al recuerdo y se convierten en viajeros en Su búsqueda. Incluso aquellos cuyos corazones han despertado, en quienes ha sido sembrada la semilla del recuerdo divino, se apartan de la Senda y olvidan a Dios. No todos los viajeros encuentran su camino al Hogar ni llegan a conocer conscientemente la naturaleza de su divinidad. Muchos buscadores se distraen y pierden el hilo de su recuerdo.

¿Por qué abandonan el camino los buscadores? ¿Por qué los caminantes se apartan de su búsqueda y los enamorados se ocultan de su Amado? ¿Es el ego tan poderoso que puede desviar el deseo de Dios? ¿Son Sus velos tan impenetrables que hacen que Él esté enteramente oculto? Si la totalidad del mundo es Dios, ¿por qué se olvida Él de Sí mismo y por qué permite que los que Le buscan, e incluso Sus siervos, se aparten de Él?

¿Es el camino demasiado difícil, demasiado largo y empinado? ¿Son demasiadas las distracciones? Muchos buscadores comienzan con entusiasmo, pero luego tropiezan, se distraen y vuelven al mundo. Y eso que la vida espiritual es tan simple, tan clara. El corazón se dirige hacia Dios y Dios se dirige hacia el corazón. La verdad esencial: «Él los ama y ellos lo aman a Él» está grabada en el núcleo de la creación. ¿Por qué, entonces, se elude tan fácilmente?

¿Es porque tenemos que enfrentarnos a nosotros mismos, a nuestro lado oscuro, a nuestros miedos e inseguridades, porque tenemos que volvernos vulnerables e inseguros? ¿O es demasiado insoportable el dolor despertado por Su presencia? ¿Por qué nos tienta con promesas, con sueños de inmensa felicidad, y luego deja que nos distraigamos?





La Sucesión
Ali Akbar Sadeqi 1996

El duelo entre el ego y el Yo es, por tanto, en un solo sentido. El Yo es fuerte, eterno, todopoderoso. ¿Por qué, entonces, gana tantas veces el ego? ¿Es porque el Yo no puede utilizar su poder, porque no puede revelar su verdadera naturaleza?

¿Por qué no queremos saber lo que somos realmente? ¿Por qué nos conformamos con tan poco? Cuando incluso hemos tenido una vislumbre de lo que es real, ¿por qué nos apartamos, nos ocultamos del simple esplendor de nuestra verdadera naturaleza? ¿Por qué es el camino tan precario cuando Él es la base, la substancia de todo? ¿Por qué querría alguien olvidar a Dios, olvidar el recuerdo de este eterno amor? Estamos perdidos sin Él y, sin embargo, vivimos en nuestro olvido, vivimos el día a día, trabajamos y hacemos el amor, tenemos hijos y obligaciones, todo ello sin reconocer lo que es real.

¿Es Él, en verdad, tan cruel, tan embaucador? Nos tienta con Su presencia. Abre las puertas del recuerdo y luego cubre la entrada con un velo. Lo vela con nuestro propio ego ilusorio, con nuestro «yo», con lo que creemos que somos, y observa, entonces, cómo tropezamos en la oscuridad y el olvido. Nos ayuda a recordar y luego permite que olvidemos.

Todo es deseo Suyo. Su recuerdo es deseo Suyo y nuestro olvido es Su deseo. En el círculo cerrado del amor, en la unicidad de Su naturaleza real, nada se pierde, nada se encuentra. Y, a pesar de todo, nos perdemos una y otra vez; a veces, con Su gracia, se nos permite encontrarnos, descubrir lo que siempre ha estado ahí. Y una vez más nos distraemos de nuestro objetivo, del trabajo de descubrimiento. A veces, un velo es tan bello que no queremos eliminarlo, pues nos embelesa su bordado, el conjunto de colores entretnejidos en su urdimbre. Otras veces, el velo se va engrosando en su oscuridad, en los problemas y distorsiones que presenta. En ocasiones, nuestras complejidades, nuestras dudas y nuestras debilidades son más cautivadoras que la luz de Su amor.

Por qué se hace Él esto a Sí mismo es algo que nunca podremos saber, pues Él está muy lejos de no-

sotros: «incluso más allá que nuestra idea de más allá». Pero muchos buscadores sinceros que comienzan su camino con diligencia y entusiasmo, a los que se les permite el recuerdo por un momento y que mantienen este recuerdo, se desvían de su objetivo. Olvidan demasiado pronto, siguen un camino que lleva de regreso al ego, de vuelta a la mezquindad y a los limitados horizontes del pequeño ego. En nuestro olvido, Él se olvida a Sí mismo, al igual que en nuestro recuerdo Él se recuerda a Sí mismo. ¿Qué papel jugamos en este drama eterno? ¿Cuál es la responsabilidad del buscador, la obligación del enamorado? ¿Somos simplemente lanzados de acá para allá en el mar del desconocimiento, o podemos hacer consciente el deseo del alma de volver al Hogar, el anhelo del enamorado por su Amado, y vivir este anhelo hasta que no se produzcan distracciones, hasta que Él sea nuestro único objetivo?

La única cualidad necesaria

El recuerdo es el núcleo del camino. Antes de que el alma viniera al mundo prometió recordar a Dios, testificar que Él es el Señor. Esta es nuestra Alianza eterna y la tarea del caminante es hacer honor a esta Alianza. Esta ocupación en el recuerdo es el fundamento del viaje. El recuerdo es un despertar a nuestro más profundo propósito, la tarea de testificar a Dios en Su mundo. En palabras de Rumi (m. 1273): «es lo único en el mundo que nunca debemos olvidar»:

Hay una cosa en el mundo que nunca debes olvidar. Si olvidas todo lo demás pero te acuerdas de esto, entonces no tienes nada de qué preocuparte; pero si recuerdas todo lo demás y te olvidas de esto, no habrás hecho nada en tu vida.

Es como si un rey te mandara a un país con una misión concreta. Vas a ese país y haces un centenar de cosas, pero si no realizas la misión encomendada es como si no hubieras hecho nada. Todos los seres humanos vienen al mundo con una misión particular, y esa misión es nuestro

propósito específico. Si no lo realizamos, no hemos hecho nada...

Si dices: «Mira, aunque no he realizado esa misión, sin embargo he hecho otras muchas cosas», eso no significa nada. Tú no has sido creado para esas otras misiones. Es como si compras una espada de valiosísimo acero de la India, de ese tipo que sólo se encuentra en los tesoros de los emperadores, la conviertes en un cuchillo de carnicero para cortar carne podrida y dices: «Mira, no dejo que esta espada permanezca sin uso, la estoy utilizando en cientos de aplicaciones muy útiles». O, también, como si utilizaras un cuenco de oro para cocer nabos, cuando con un solo grano de ese oro podrías comprar un centenar de calderos.

Es también como si cogieras una daga del acero mejor templado, la utilizaras como escarpia para colgar una jarra rota y dices: «Estoy haciendo un excelente uso de mi daga. Después de todo, estoy colgando de ella una jarra rota». Si puedes colgar la jarra de un clavo que cuesta tan sólo unos céntimos, ¿qué sentido tiene utilizar una daga que cuesta una fortuna?

*Eres más valioso que el cielo y la tierra.
¿Qué más puedo decir?
Tú no conoces tu propio valor.
No te vendas por un precio ridículo,
tú que eres tan valioso a los ojos de Dios.*

(Rumi, citado por Harvey 1986, pp. 18-19)

Él es la esencia de nuestro ser, pero está oculto. Está tan cerca y tan lejos de nosotros... Lo necesitamos y nos olvidamos de Él. El hecho de que lo busquemos, de que comencemos la búsqueda, significa que ha implantado en nosotros la necesidad de recordarlo. Él vuelve nuestro corazón hacia Él, nos infunde la luz del recuerdo y de este modo comenzamos la búsqueda. Este es el gozoso comienzo del viaje.

La dificultad está en que este gozo, esta luz del recuerdo, no pertenece al nivel del ego, sino al del alma. El alma recuerda a Dios, pero el ego y nuestra naturaleza inferior son un velo para ese recuerdo. En la experiencia del *tawba* (el retorno del corazón a Dios) el poder de Su amor

atraviesa los velos del ego. Por un momento, nos elevamos al nivel del alma, donde Su amor por nosotros y nuestro amor por Él brillan claramente. En ese instante recordamos, el enamorado recuerda al Amado. Después volvemos al ego, la luz se desvanece y nos quedamos con el recuerdo del recuerdo. El trabajo consiste entonces en vivir ese recuerdo, antes de que «se desvanezca en la luz del día a día».

El despertar de nuestro recuerdo es tan dulce porque pertenece al alma. Nos deja el sabor de nuestra naturaleza eterna, de la miel que existía antes que la abeja. Pero, como pertenece al alma, es difícil mantenerlo cuando estamos de vuelta en el ego. El recuerdo de Dios no pertenece al ego o a la mente. El ego no entiende lo que es preeterno, la mente no puede captar una dimensión de luz sobre luz. Nos quedamos entonces atascados, bombardeados por las dudas. ¿Es esto real? ¿Vale la pena? ¿Puedo permitirme vivir este sueño? Más adelante, mucho más adelante, cuando la mente y el ego se han hecho permeables a la luz de Su presencia, estas preguntas dejan de tener sentido, desaparecen. Pero al principio son muy impactantes y distorsionan fácilmente la experiencia interior que se nos ha dado. Poseen la densidad de este mundo y las contradicciones de nuestra naturaleza inferior. Parecen sustanciosas comparadas con lo sutil de Su amor.

La mente, el ego, el *nafs*, hacen que olvidemos, que olvidemos nuestro cometido de recordar, nuestro propósito fundamental. No valoramos lo que se nos ha dado, no reconocemos su verdadero valor. El enamorado está perdido, atracado en las más lejanas orillas del amor y, luego, vuelve a los modelos de conducta familiares de la mente y a los deseos del ego. ¿Podemos recordar sin el poder de Su presencia? Su gracia nos conducirá hacia Él, pero ¿estamos nosotros abiertos a Su gracia? La mente y el ego cierran las puertas y nos separan de la experiencia que se nos ha dado. El poder del olvido es atraernos a permanecer con lo que sabemos, con lo que nos resulta familiar.

Las paredes de la prisión de nuestro condicionamiento son reconfortantes y tranquilizadoras.

El lugar del olvido

Una y otra vez, Él permite que olvidemos. Estamos ocupados, hacemos muchas cosas, excepto lo que de verdad importa. Nuestra necesidad de recordar a Dios queda enterrada en el quehacer de cada día, en las actividades exteriores, en las preocupaciones con las que nos ocultamos. Pero, ¿cómo podemos olvidar lo que es más precioso que la vida: que pertenecemos a Él y que hemos prometido dar testimonio de Él? ¿Cómo podemos rechazar ese propósito fundamental, cómo podemos permitirnos caer en la inconsciencia cuando se ha hecho tanto para despertarnos?

Tenemos que hacer frente a todas las dificultades del camino: la lucha con el *nafs* y la necesidad de controlar la mente. Estas son nuestras trabas, contra las que tenemos que luchar o bien aceptarlas de acuerdo con nuestra propia naturaleza y con nuestros atributos. Pero el olvido nos persigue, nos acosa por todos los lados, nos aborda, nos seduce, hasta que el camino se desvanece sin que nos demos cuenta. Y Él permite que lo olvidemos, que nos detengamos. Es como un enamorado que permite a su amado que seduzca a otra persona y se limita a mirar, sin interferir. Permite que perdamos lo que es más precioso: nuestro conocimiento de Su amor.

En la Alianza preeterna nuestras almas prometieron dar testimonio de Él. Pero cuando nacemos en este mundo somos inducidos al olvido. Ibn 'Arabi (m. 1240) describe de este modo esta «caída» en el «lugar del olvido»:

La fe original es la naturaleza primordial según la cual Dios creó a la humanidad. Es el testimonio de Su unicidad al prometer la Alianza. Por lo tanto, todo niño nace manteniendo esa Alianza. Sin embargo, cuando cae por medio de su cuerpo en los confines de la naturaleza —el lugar del olvido— se vuelve ignorante y

olvida el lugar que tenía con su Señor. (Ibn 'Arabi, citado por Chittick 1898, p. 195).

El recuerdo todavía brilla en los ojos de los niños, aún no han caído totalmente los velos entre los dos mundos. Se cuenta la historia de un niño de tres años que acababa de conocer a su nueva hermana. El niño insiste a sus padres que quiere quedarse a solas con la niña. Sabedores del peligro de los celos en esas situaciones, los padres se resisten, pero finalmente acceden. De todos modos, toman la precaución de escuchar a través de un interfono situado en la habitación de la niña. Lo que oyen es al niño acercarse y preguntar con gran apremio: «Tienes que hablarme de Dios. Estoy empezando a olvidarme».

Esta misma historia la cuenta, aunque de forma diferente, una amiga que tuvo un sueño con su hijo pequeño. En el sueño, el padre dice: «¿No debería estar aprendiendo a hablar?» Cuando la madre presta atención a la preocupación del padre, oye al niño cantar: «Y recordamos a Dios». El niño que todavía no ha aprendido a hablar está cantando el recuerdo de Dios.

Al crecer en un mundo de olvido, el niño olvida y, en palabras de E.E. Cummings: «según crecen se hunden en el olvido»¹. Cuando supe del sueño del niño que cantaba el recuerdo de Dios me pregunté si el niño olvida porque está rodeado de olvido, porque no hay ningún eco de ese recuerdo. ¿Podría ocurrir que si la madre recordara el niño no tendría porqué olvidar? ¿Si ella cantara el recuerdo de Dios en su corazón, y con sus labios, el niño podría evitar el desierto del olvido? ¿O tenemos que olvidar? ¿Es el olvido parte de nuestro viaje? Al llegar a la creación, el alma adquiere los ropajes de la manifestación, la imagen humana, que está hecha a imagen de Dios y, de acuerdo con Ibn 'Arabi, debido a esta imagen «el hombre posee el potencial de olvidar su servidumbre». Los ángeles no olvidan, pero los seres humanos, hechos a Su imagen, olvidan. «Dios describió al hombre por su capaci-

dad de olvidar, puesto que dijo sobre Adán: *Él olvidó* (Qo 20,115)». E Ibn 'Arabi continúa diciendo:

La capacidad de olvidar es un Atributo divino... Por lo tanto, [al olvidar] no nos desviamos de lo que somos. Dios dijo: *Ellos olvidaron a Dios, luego Él los olvidó a ellos* (Qo 9,67) a la manera en que es apropiada a Su majestad. (Ibíd., p. 296).

Él nos da la experiencia de Su olvido. Al llegar al mundo de las formas, que es también el mundo instintivo de la gran Madre, abrazamos el olvido. Sus formas nos capturan con su fascinación y sus deseos, los instintos nos conducen a la inconsciencia, nos arrastran al ciclo inacabable de la vida y la muerte. El olvido es el veneno de la gran Madre, puesto que nos hace creer que sólo existimos aquí, en su mundo físico e instintivo, en la multitud de sus formas. En el mundo no hay recuerdo, sólo deseos que nos conducen a lo largo de la vida: alimento, cobijo y sexo. La gran Madre es el mundo del olvido, en el que sólo nuestros instintos deben ser satisfechos.

Experimentamos el olvido muy fácilmente pero, una vez que hemos sido despertados al recuerdo, ¿cómo podemos contrarrestar la atracción hacia la inconsciencia de la gran Madre, la distracción de sus numerosas formas? Los ascetas luchan contra ella, se apartan de sus formas, niegan sus necesidades instintivas. Usan la espada de la voluntad consciente para luchar contra su poder femenino. El peligro es que esto da incluso más poder a los instintos, puesto que cuando son reprimidos llevan la energía de la sombra. El asceta acaba escindido, rechazando parte de su propia naturaleza al rechazar la femineidad. Atrapado por los demonios de su ego reprimido reniega de la naturaleza pasional de la búsqueda, del hambre instintiva del deseo del alma de recordar a Dios. Todo ese potencial queda confinado en el inconsciente, en la arena del olvido.

¿Podría ser que aunque la gran Madre nos lleve al olvido, también posea el secreto del recuerdo, el secreto que está oculto en la palabra

de la creación: ¡*Kun!* (¡Sé!)? Nuestro Amado nos envió a Su mundo para recordarlo, esta es nuestra «misión particular». ¿Por qué debemos rechazar Su mundo para poder recordarlo? Experimentamos Su olvido y entonces somos despertados a Su recuerdo. En el momento del despertar reconocemos la desolación de nuestro olvido, el vacío de un mundo en el que no vemos Su rostro. El trabajo consiste entonces en enfocarnos en el objetivo primordial, que se hace consciente con nuestro despertar: la Alianza preeterna del alma de dar testimonio de Su unicidad.

«No nos hagamos caer en la tentación», dice el Padrenuestro. ¡Cómo nos tienta, nos atrae y nos engaña Su mundo!² Pero una vez que el viajero es despertado, posee una cualidad en su consciencia que le revela lo que está oculto en la creación: el rostro único en el seno de la multitud [de rostros]. En palabras de Yāmi (m. 1492):

Puesto que se han vuelto hacia Dios en completa desnudez espiritual y habiendo vaciado totalmente sus corazones de toda atadura al mundo... y permanecen en el camino sin desfallecimiento, interrupción del pensamiento o disminución de la voluntad, Dios les ha garantizado una luz que les revela las cosas tal como son en realidad. Esta luz se manifiesta dentro [de ellos] en un nivel que está más allá del nivel del intelecto. (Heer 1979, p. 37)

Con esta luz el viajero puede ver lo real bajo el mundo de las apariencias. Cuando nos volvemos hacia Dios y comenzamos el largo viaje al Hogar, la vida se puede convertir en un espejo de revelación y encontramos en nuestro yo instintivo el poder primordial de nuestra necesidad de dar testimonio de Él. El lugar del olvido se convierte en el taller del recuerdo.

El oculto poder del amor

El amor es el catalizador secreto del recuerdo. Si amamos a alguien pensamos en él, lo recordamos. ¡Cuánto más poderoso es nues-

tro amor por Él, que es amor! Este es el misterio de «luz sobre luz»: en la medida en que nuestra consciencia se dirige hacia Él, Su luz llega a nuestro encuentro y nos ayuda a revelar lo que está oculto. La gente del amor que se ha apartado del mundo y ha regresado a Él tiene garantizada esa luz.

Con la luz de Su amor podemos ver la cara oculta de la creación. Podemos experimentar Su presencia en todo lo existente, podemos ver que Su Nombre está grabado en cada átomo. En la unicidad del amor podemos ver Su unicidad, la unicidad que lo impregna todo:

*Invoca al Único, desea al Único,
busca al Único.*

*Ve al Único, conoce al Único
y reconoce que es Único.*

*Tanto al principio como al final,
todo ello es una sola cosa...*

*pues cada átomo tiene un secreto
que lo une a Él.*

*Ve el Nombre y ve el significado:
"Todo es Tú".*

(Attār n.d., I, 11:32-35)

Nuestro amor por Él y Su amor por nosotros forma un círculo de recuerdo en el cual llegamos a conocer la unicidad que está dentro y fuera. Cuando vivimos este amor, llevamos Su misterio al plano de la manifestación, el misterio de la unicidad y la multiplicidad, el misterio de un mundo que parece que ha olvidado a Dios. Con el ojo del corazón, vemos cómo cada átomo canta Sus alabanzas, cómo nada jamás ha olvidado a Dios. Experimentamos conscientemente la maravilla de Su recuerdo eterno. Se deja a un lado la ilusión de Su olvido a medida que reconocemos lo que siempre hemos sabido en lo más profundo de nuestro corazón: que participamos en Su consciencia de Su Ser eterno, en Su recuerdo de Sí mismo.

Además, en el círculo de la unicidad del amor no hay ni recuerdo ni olvido, porque el recuerdo y el olvido pertenecen a la dualidad y a la ilusión de la separación. En el momento eterno del amor sólo existe el ahora del conocimiento y se sabe que no se

puede conocer a Dios, al igual que no podemos olvidar a Dios. La tarea del viajero es vivir ese momento eterno —la contemplación del corazón— mientras existe, al mismo tiempo, en la dimensión de la dualidad, en medio de la multiplicidad de Su mundo. Entonces, la creación ya no supone distracción, sino una expresión de Su majestad y Su belleza, un lugar para maravillarse y adorar a Dios:

*Puesto que no es posible para ti
tener acceso a Su Esencia,
¡consuélate contemplando
la belleza de la creación!*

(Ibíd. I, 1-22)

Una de las paradojas de la Senda es que llevamos con nosotros el secreto del amor oculto y a pesar de ello lo olvidamos. Trabajamos para recordar lo que siempre hemos sabido. Tenemos que recorrer este camino, enfocándonos en el propósito único de recordar al Amado. Una y otra vez nos distraemos, una y otra vez llevamos de nuevo nuestra atención a Él, al que nuestros corazones aman. Intentamos permanecer fieles a este primer amor, y mediante las prácticas de la Senda, la meditación, el *ẓeker* (el continuo recuerdo de Dios), la vigilancia, mantenemos nuestro enfoque de atención.

Nos distraemos muchas veces y muchas veces somos puestos a prueba por las distracciones. Muchas veces nos superan nuestros instintos y nos arrastran al olvido, hasta que somos rescatados por el profundo impulso de nuestra necesidad de Él. Cada vez que renacemos al recuerdo sentimos remordimiento, aunque no deberíamos reprochárnoslo, porque eso es justamente el ego. Más bien deberíamos darle las gracias a Él por recordarnos y continuar con el lento y arduo trabajo de cambiar una conciencia que está atrapada en el ego por una conciencia que se mantenga en Su presencia. Aspiramos llegar a un lugar en el que ya nunca olvidemos a Dios, en el que el recuerdo penetre tan profundamente en nosotros que el corazón predomine sobre el ego. El caminante que llega a esta morada se convierte en Su testigo:

La gente del testimonio y del encuentro sobrepasa a los demás. Aunque el atributo sea el mismo, el que conoce su morada con Dios no es como el que la desconoce. *Di: «¿Son iguales los que saben y los que no saben?» Sólo quien posee entendimiento, recuerda* (Qo 39,9). Esta aleya nos dice que ellos sabían y que luego el olvido les sobrevino a algunos de ellos. Algunos continúan gobernados por la propiedad del olvido. *Ellos olvidaron a Dios; entonces, Él los olvidó a ellos* (Qo 9,67). Otros son recordados y recuerdan. Estos son los «poseedores de entendimiento». (Ibn 'Arabi, citado por Chittick 1989, p. 238).

«La Gente de Dios es la gente de entendimiento. El entendimiento es su alimento» (Ibíd., p. 239). La gente de Dios se alimenta de Su recuerdo y de Su compañía, pues Él ha prometido: «Soy el compañero de quien Me recuerda» (Tradición sagrada). Sólo Él les da sustento, mientras que aquellos que han olvidado deben buscarse su alimento: *Ellos olvidaron a Dios; entonces, Él los olvidó a ellos*.

Pertenecemos a Él y Él hace con nosotros lo que Él desea

Este mundo nos arroja al abismo del olvido, y ahí nos da la sensación de que Él nos ha olvidado. Somos probados en este abismo: los que recuerdan son recordados y los que olvidan son olvidados. Abu 'Abdollah Termezi (m. 908) cuenta una historia sobre esta prueba de olvido que fue decretada sobre el destino de los hombres:

El día en el que los destinos de los hombres fueron decretados Dios los creó y ellos brillaron como estrellas radiantes. Entonces, Dios retiró la luz de ellos y los puso en los elementos de la tierra [la materia] con los que Él designó la creación de Adán, la paz sea con él... Permanecieron en esta oscuridad privada de luz unos cincuenta mil años. En el tiempo en que permanecieron en esta oscuridad se dividieron en tres grupos. Un grupo dijo: «Quien nos gobernó hasta ahora ya no nos gobierna más. Su reinado ha cesado y ha perdido Su poder sobre él. Si esto no fuera así, Él no nos habría dejado aquí ol-

vidados». El segundo grupo dijo: «Él nos ha dejado aquí y nosotros debemos esperar y ver qué ocurrirá y qué será de nosotros». El primer grupo era de no-creyentes y el segundo grupo mostró duda y duplicidad. El tercer grupo dijo: «Él nos ha dejado aquí y Él es eterno. Pertenecemos a Él y Él hace con nosotros lo que Él desea».

En cuanto al primer grupo, al hablar de la manera en que lo hicieron, la tierra llenó sus bocas y Dios les dijo: «¿Qué habéis visto en Mí que me atribuí impotencia y pérdida de señorío?» De ahí que, esta palabra [la de los temerosos de Dios: *Lā elāha illāllāh*] se convirtió en un sello de tierra en sus bocas... y este sello nunca desaparece.

El segundo grupo dudó. En su incredulidad, esperaron a ver cómo se desarrollaban las cosas; al no tener certeza, sus corazones flaquearon [creyentes ordinarios]. De ahí que, la tierra fue esparcida sobre las bocas de sus corazones para hacer que vacilaran: a veces se dirigen hacia Dios, a veces se apartan de Él y a veces se dirigen hacia su *nafs* (ego). No se convirtió en un sello, pero sí en un candado que, si Él desea, puede abrirse y ser eliminado. Pero el sello nunca desaparece...

En cuanto al tercer grupo, dijo: «Nuestro Señor, que nos gobierna, es eterno y hace con nosotros lo que Él desea: si lo desea nos pone en la oscuridad y si lo desea nos pone en la luz». Entonces, tendieron los brazos de sus corazones hacia Él para asirse a Él. Y Él tomó sus corazones con Sus manos y dijo: «Sois Míos, tanto si sois practicantes como si no lo sois». Y estas palabras quedaron escritas en sus corazones. Quienes fueron tomados por Su mano derecha son los amigos de Dios (*oliyā*) y quienes fueron tomados por Su otra mano son los testigos de la unicidad divina (*monabhidin*). Él los situó y los mantuvo en Su puño, y estas palabras quedaron escritas en sus corazones internos (*qolub*) frente a los ojos del corazón (*fawād*)³. De ahí que Él dijera: «Él escribió la fe (*iman*) sobre sus corazones...»⁴

En este pasaje tan notable, Termezi describe tres respuestas diferentes al descenso de las almas del

mundo de la luz a la oscuridad de este mundo. En este mundo, donde no son demasiado visibles Su luz y Su amor, parece que Él se ha olvidado de nosotros. Somos probados en este estado de aparente abandono. ¿Olvidamos a Dios, dudamos de Él o lo recordamos y reconocemos que Le pertenecemos sin pensar en dónde nos coloca?

Quienes rechazan a Dios porque les parece que han sido rechazados tienen sus bocas selladas con la tierra de este mundo. Permanecerán en el estado del olvido que han elegido para sí mismos. *Ellos olvidaron a Dios; entonces, Él los olvidó a ellos.* Los del segundo grupo, aquellos cuyos corazones flaquearon por sus dudas, carecen de certeza. Sus corazones a veces se dirigen hacia Dios y a veces hacia su ego inferior, su *nafs*. A veces recuerdan y a veces olvidan. Si así lo desea, Él puede abrir el candado y llevarlos al estado del recuerdo permanente.

Finalmente, el tercer grupo es el de los que reconocen que pertenecen a Dios, incluso aunque parezca que los ha abandonado. Su recuerdo no depende de sus circunstancias. «Pertenecemos a Él, y Él hace con nosotros lo que Él desea». En este ruedo, el viajero es probado una y otra vez, pero él reconoce a Su Señor *independientemente de lo que ocurra con él*: «Si así lo desea, Él nos sitúa en la oscuridad y, si así lo desea, Él nos sitúa en la luz». Este grado de sometimiento y recuerdo se pide a aquellos que están destinados a pertenecer a Dios: «Y Él tomó sus corazones con Sus manos y dijo: “Sois Míos, tanto si sois practicantes como si no lo sois”».

En la oscuridad de este mundo somos probados por Su olvido. ¿Olvidamos a Dios porque parece que Él nos ha olvidado o, por el contrario, puede este lugar de abandono convertirse en una oportunidad para mostrar a nuestro Amado que Le pertenecemos sea cual sea Su deseo? Nuestro recuerdo de Él no debería depender de nuestro estado, interno o externo. Al vivir nuestra devoción al margen de nuestro estado, atravesamos los velos de las apariencias, vamos más allá de Su aparente olvido. Llegamos a la unicidad de la verdade-

ra relación del alma y Dios, en donde no hay olvido ni recuerdo. Tanto el olvido como el recuerdo pertenecen a la dualidad: en la unicidad del verdadero amor, ¿quién recuerda y quién olvida? En el círculo cerrado de Su amor, pertenecemos a Dios más allá de toda dualidad.

El alma ha prometido testimoniar a Dios y esta promesa está escrita en su corazón, y lo está con las mismas palabras que afirman: «tú eres Mío». Quienes pertenecen a Dios están para testimoniar a Dios: esta es nuestra promesa de pertenencia. Nos rendimos al mundo de la separación por Él, al tiempo que reconocemos en el interior de nuestro corazón Su unicidad. Al vivir en el mundo experimentamos Su multiplicidad y se la ofrecemos a Él; de este modo, llegamos a conocer el milagro de la unicidad en la multiplicidad.

¿Cómo puede Él olvidarse jamás a Sí mismo? Esto es parte de la ilusión de este mundo, y aquellos que han superado esta ilusión conocen a Dios de un modo que no puede ser olvidado. Puede parecer que olvidamos a Dios pero, ¿cómo puede un enamorado olvidar a su Amado? Si fuera así no sería un enamorado.

Al descender a este mundo experimentamos Su olvido aparente porque Él necesita de nosotros para experimentarlo: Él nos necesita para conocer este aspecto de Sí mismo. Pero sólo somos conscientes de que hemos olvidado a Dios cuando se nos despierta a Su recuerdo. Aquellos en los que el olvido permanece, los que han sido sellados con la tierra de este mundo, *no saben que han olvidado a Dios*. La consciencia del olvido es el primer paso para nuestro recuerdo.

Cuando encontré a mi maestro tomé consciencia de por cuánto tiempo había olvidado. Durante años, me persiguió el fantasma del olvido, el horror de tener que vivir sin reconocer a Dios o sin saber que Le pertenecía. La vida sin la consciencia de Su presencia, o de la promesa de testimoniar a Dios, era un estado de abandono demasiado terrible como para poder aceptarlo totalmente. Lo había vivido, pero cuando lo supe no podía admitirlo. No podía admi-

tir el hecho de que había estado tan abandonado. Quizás, por Su gracia, podría llegar a reconocer que tenía que olvidar a Dios, que tenía que experimentar el vacío de un mundo sin Él: cómo se ve Su mundo cuando Su faz no se ve reflejada. Una vez que experimentamos cómo Su presencia penetra todo, lo que sorprende es que no lo hayamos sabido siempre. Esto fue lo que experimenté en la sala de espera del aeropuerto, cuando estaba rodeado de gente que no sabía que era parte de Dios. ¿Cómo es posible que no veamos de qué estamos hechos, que no sintamos el sol que calienta e ilumina todo? ¿Cómo podemos olvidar nuestro yo más profundo? Pero, así como de ningún modo podemos llegar a conocer a nuestro Amado, también los misterios de la creación están más allá de nuestro entendimiento humano. Sin embargo, muy lentamente, los velos de la dualidad que nos cubren pueden ser levantados hasta ver que todo, incluso Su olvido y Su recuerdo, está marcado con Su Nombre. En palabras de Hallāy (m. 922): «Hasta donde llego a entender, si yo soy abandonado, es Tu abandono el que me hace compañía» (Citado por Massignon 1982, Vol. 3, p. 353).



Notas

- 1.- Citado en el poema: *Anyone lived in a pretty how town*
- 2.- El engaño es también una cualidad divina: *Ellos engañaron y Dios engañó, y Dios es el mejor de los engañadores* (Qo 3,54).
- 3.- Dos de los siete niveles espirituales del corazón. Según los sufíes estos niveles son: el pecho (*sadr*), el corazón (*qalb*), el velo del corazón (*shaqāf*), la morada de la visión (*famād*), la morada del amor divino (*bobbat-ol qalb*), la matriz o el centro del corazón (*soydā*) y el núcleo del corazón (*mahyat-ol qalb*). Para más información, véase el libro del Dr. J. Nurbakhsh, *Psicología sufi*.
- 4.- Traducción no publicada de Sviri, *Nawādir al-usul* «The Rarest of Traditions», Tradición n° 287 de «The Word of God-fearing», *taqwā* and the Form of its Meaning within the heart.